



## ¿Espacios seguros o espacios de cuidado?

**Elisa Fuenzalida** (Perú). Coordina la Cátedra Decolonial Aníbal Quijano que dirige la antropóloga Rita Segato en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. Su práctica aborda las intersecciones entre cuerpo, comunidad, género, cuidados, migración y memoria.

El momento para esta invitación a juntar cabezas y corazones en torno a la cuestión de la vigilancia, la justicia y el castigo difícilmente podría ser más oportuno. El contexto, qué duda cabe, es de fragilidad e incertidumbre y partir de ese encuadre los poderes represores parecen ensayar nuevas formas de ajustar las tuercas de un control social que se dirige especialmente a los cuerpos de siempre: feminizados, trans, migrantes, empobrecidos y racializados. Desde las políticas de pico y género impuestas en la primera etapa de la pandemia en Perú y Colombia, hasta la experimentación con el confinamiento selectivo bajo la administración de Isabel Ayuso, en Madrid o a Berlín, en donde la ciudad anochece desierta a excepción de algún chico afro o árabe siendo identificado y cacheado por siete u ocho policías; a través del prisma de una crisis global se hace más que evidente que la narrativa de la seguridad se erige una vez más como coartada para una justicia estatal que funciona como vector de reproducción de violencia racista, patriarcal y de clase.

Por la parte que nos toca, como movimiento feminista conocemos bien el aspecto hermético, de muro impenetrable y sordo con que se manifiesta la justicia estatal. Lo que pocas veces, como movimiento, nos hemos detenido a observar es la otra forma que adopta ese aparato: la de un agujero que engulle el cuerpo empobrecido y racializado hasta triturarlo. El debate abolicionista antipunitivista está servido hace algún tiempo ya, especialmente en los Estados Unidos, en donde teóricas activistas como Angela Davis y Ruthie Wilson Gilmore llevan años explorando la intersección entre raza, justicia y encarcelamiento masivo. Haríamos bien en prestar atención a estos cuestionamientos y bajo esa luz, detenernos un poco a valorar nuestras prácticas.

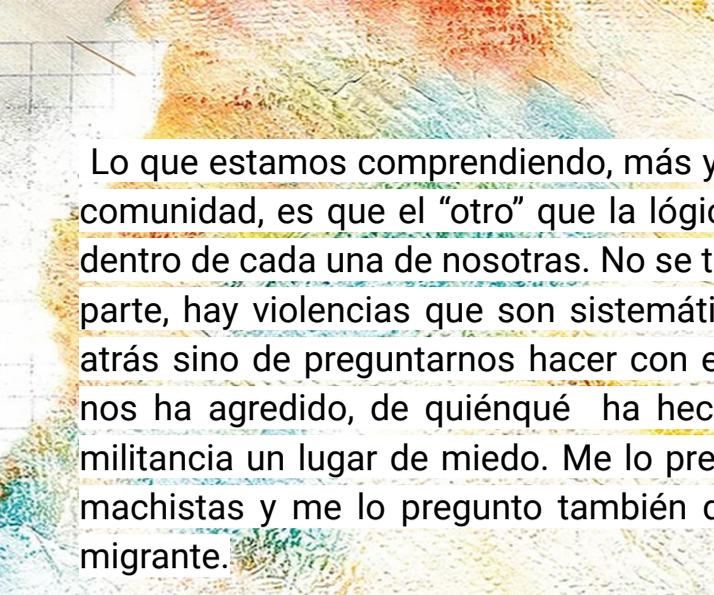
Construir comunidades simbólicas y materiales de confianza y cuidado ha sido fundamental para romper el pacto de silencio que legitimaba el estatus quo patriarcal. Hoy, es innegable que la capacidad de interpelación a la esfera pública e incluso al Estado que ha conquistado el movimiento feminista trasciende largamente la esfera de la lucha antipatriarcal, llevando una inteligencia estratégica basada en el cuidado a otras muchas dimensiones de autorganización. Sin embargo, el asunto de los conflictos internos continúa limitado a la búsqueda rápida de resolución y cierre, entendidos en su mayoría como cancelación y destierro de los espacios de encuentro.

Es difícil y delicado abordar un tejido tan vulnerable como el de la expectativa de reparación en contextos de impunidad endémica. Y es, desde luego, doloroso pensar que las agresiones se dan, no siempre, pero muchas veces sí, a partir de la conciencia de goce de una posición de poder o privilegio. Por eso me gustaría plantear una pregunta modesta en relación a las palabras que elegimos para describir nuestros deseos y relatar nuestras memorias. ¿De qué hablamos cuándo hablamos de espacio seguro?

La narrativa de la seguridad y esto no es difícil de leer en territorios que basan sus parámetros de convivencia en ese horizonte, nos habla de la erradicación del conflicto, es decir de prevención, es decir, de vigilancia. La lógica securitaria conlleva una ética y esta se basa en la limpieza. Una sociedad o espacio "seguro", es un espacio en el que no hay riesgo porque todo lo que podría generar fricción ha sido erradicado.

La norma, como sabemos, no es algo fijo, sino que se desprende de una serie de consensos que varían según el momento y el contexto. Por tanto, lo normal puede ser marginal cuando es desplazado. En mi caso, pasé de ser mujer de clase media empobrecida leída como blanca en un país colonial como es Perú a migrante sin papeles en España, a la más "blanqueada" del colectivo antirracista después y más adelante, a parte de una masa informe de extranjeros bárbaros y verbalmente discapacitados en Alemania. Mi compañero es un hombre español de clase trabajadora cuyo cuerpo es asumido como "árabe" por las cajeras de los supermercados, los revisores del transporte público y desde luego, la policía. Ese lugar de sospecha que habitamos, tiene consecuencias concretas en nuestras vidas y nos hace revisar cotidianamente lo que significa encarnar lo amenazante. Desde nuestro lugar de existencia, la seguridad es una esfera reservada para "otros", pensada por otros y es en esa frontera invisible - o a veces muy explícita- entre el "ellos" y el "nosotros" que se funda. La seguridad parte de la base de la existencia de un enemigo potencial que nunca es uno mismo.

En contraste con este modelo, encontramos otros tejidos y exploraciones que cada vez se apoyan más en la retórica y práctica del cuidado. Y es que cuando hablamos de cuidado, todo se mezcla, todos nos mezclamos. No hablamos ya de una "solución" o de un "cierre" sino de una forma de hacer las cosas, de conducirnos en los conflictos, los miedos y el dolor, todos ellos trances y procesos que reconocemos como parte de la vida en comunidad. Salimos del binarismo que reserva a los implicados en un conflicto posiciones polares y que es facilitador de destierros y castigos sumarios. El cuidado no es en sí "la" solución, ni siquiera es "una" solución quizás, pero es una alternativa al tratamiento diferenciador. Desde su enfoque, todos y todas somos vulnerables: desde la persona que ocupa momentáneamente el lugar de víctima, hasta la persona que agrede.



Lo que estamos comprendiendo, más y más andado este camino de construir y convivir en comunidad, es que el "otro" que la lógica y la ética securitaria y punitivista persiguen está dentro de cada una de nosotras. No se trata de tapar el sol con un dedo y negar que, por una parte, hay violencias que son sistemáticas y que, por otra, hay otras que no tienen vuelta atrás sino de preguntarnos hacer con el trauma que causamos, con la presencia de quién nos ha agredido, de quién ha hecho de nuestro lugar de fiesta encuentro, trabajo o militancia un lugar de miedo. Me lo pregunto desde el lugar de sobreviviente de violencias machistas y me lo pregunto también desde el lugar de sospecha que siempre ocupa un migrante.

Ahora, dicho todo esto, otra pregunta me asalta: ¿estamos ya en capacidad de habitar ese terreno? ¿Hablamos todas y todes el mismo lenguaje? Es decir, ¿sabemos al menos reconocer una herida cuándo nos la señalan? Sin ánimo de provocación, creo que es necesario mirar con honestidad en nuestros actos y nuestras intenciones. Es difícil, pero creo en el potencial y el recorrido del movimiento feminista para hacer frente a este desafío.

Para terminar, soy consciente de estar articulando en este breve espacio, conceptos y experiencias que no son en todo sentido análogas. Haría falta mucho más tiempo y cercanía para desarrollar con rigor los paralelismos e intersecciones que he querido aquí abordar, pero confío en vuestra sensibilidad para sentir más allá de las palabras.

